

A stylized illustration of a doctor's face. The face is yellow, wearing a light blue surgical mask and black-rimmed glasses. A blue stethoscope is positioned around the neck. The background is red. The text 'Ricardo Coler' is at the top, and 'UN MÉDICO' is in the center. The publisher logo 'Novela Planeta' is at the bottom.

**Ricardo
Coler**

**UN
MÉDICO**

Novela  Planeta

Ricardo Coler

Un médico

 Planeta

Es una época inconveniente para este tipo de ideas pero lo único que me calma es cerrar los ojos e imaginarme al lado de una rubia. Preferiría otra fantasía, alguna más moderna, pero apenas me descuido vuelvo a lo mismo: quiero una rubia para llevarla a cenar y que mientras la gente se pregunta qué hace alguien como yo con una mujer como ella, me cuente cómo se lleva con la madre, qué clase de persona es el padre y lo mucho que la quiere a la abuela, a quien por lo general este tipo de rubia idealiza. Quiero una rubia que, mientras se prueba una minifalda o sale de la ducha, me cuente los problemas que tiene con las amigas y cómo hay una en especial que le copia todo lo que hace: la forma de vestir, la manera de hablar y la dieta. Para evitar un futuro incierto me gustaría que estuviera al tanto de los signos del zodiaco y clasificara a la gente por el día de su nacimiento, que conociera los pormenores de la vida de los famosos para que nunca nos falte un tema de conversación, que crea que soy inteligente, divertido y que además, aunque no soy lindo, me vea como el tipo de hombre que a ella, sin saber por qué, le gusta.

En mi país sería imposible que una rubia así se fijase en mí. Pero aquí, en las playas de Málaga, cuando sale el sol llueven las suecas. Todos saben que en Suecia el frío es inclemente, por eso y porque tienen un nivel alto de vida, en cuanto pueden se suben a un avión rumbo a España y aterrizan en las costas del Mediterráneo, desesperadas por el sol y las playas.

Las nórdicas están acostumbradas a los rubios apolíneos, pero las mujeres suecas, noruegas y finlandesas mueren por los hombres como yo, podríamos decir, distintos. Pensado así no sería tan grave, porque serían ellas las que me tomarían a mí como un objeto sexual. Nadie podría acusarme de eso. No estoy tan seguro, sería prudente consultarlo.

Es posible que el idioma impida que nos entendamos pero, teniendo en cuenta mi experiencia amorosa, hablar la misma lengua nunca fue una garantía.

Mientras tanto, y a la espera de que se me presente una oportunidad, sigo tumbado en la playa de Torremolinos sin fuerza para levantarme. Estoy solo y lo más probable es que continúe así los días que me quedan en España. Cuando digo solo no me refiero a la falta de pareja o a la angustia existencial sino al mundo real, a los compañeros con los que había quedado en hacer turismo por el sur de la península. Un proyecto que a medida que pasan las horas se va desvaneciendo al

darme cuenta de que los arreglos para cenar, pasear o ir un rato a la playa nunca me incluyen.

Los otros médicos, con los que habitualmente coincidido en este tipo de eventos, también me evitan, algunos de manera desagradable. Los americanos, por ejemplo, me dicen “no me siento cómodo con usted”. Los alemanes, en cambio, no me dicen nada, aunque tampoco me dirigen la palabra.

¿Tienen sus razones? Es probable. Dije lo que sentía y me excedí. A mi modo de ver, los doctores habían cruzado un límite. De todas maneras, lo más importante debería ser el trabajo que presenté en el congreso y, aunque el tema los haya fastidiado, darme vuelta la cara me parece una exageración. Más entre profesionales. Por eso lo mejor fue escaparme, volver a mi habitación, cambiarme y bajar a la playa.

Este año el Congreso Internacional de Urología se celebró en Málaga, una ciudad preciosa que decidió promocionar eventos de este tipo. En el centro de convenciones coincidieron varios encuentros. En el auditorio contiguo por ejemplo, se reunieron las empresas de artículos de belleza. Como si lo hubieran hecho a propósito. Por un lado nosotros, los urólogos, en su mayoría hombres vestidos con treinta años de atraso, y por el otro nuestros vecinos, en realidad vecinas, elegantes, modernas y sonrientes. A la hora del refrigerio solemos coincidir en un enorme espacio

que comunica una sala con la otra. Parece el encuentro entre la alegría y el recato, el deber y el deseo, el mejor y el peor momento de la vida.

Me pregunto qué hubiera pasado si Nora, mi exnovia, hubiese venido conmigo. Digo exnovia porque técnicamente estamos separados. Ella fue muy clara, si me iba a España nos separábamos. Me puso entre la espada y la pared y tuve que elegir.

Estoy en Málaga, no hace falta aclarar cuál fue mi decisión. En realidad, fue una opción falsa, si me quedaba después del tiempo que llevó preparar mi ponencia, elaborar los argumentos y practicar la exposición, si me quedaba solo porque ella lo pedía, antes o después, esa relación se habría acabado. Hice bien en venir al congreso, Nora es inentendible. A ella se le ocurrió la idea original para el trabajo y fue también ella quien me proporcionó las herramientas para poder hacerlo. Para ser justos, Nora redactó buena parte del informe y preparó la mayoría de las diapositivas. Pero era mi ponencia, llevaba mi nombre y por eso vine a Málaga en mi segunda aparición como conferencista, buscando reivindicarme de lo que ocurrió el año anterior.

La vez pasada en el congreso de Orlando no me fue del todo bien pero, si uno muestra voluntad y persiste, la vida vuelve a dar segundas oportunidades. En mi caso no fue exactamente así.

Nora es socióloga y viene de familia sefaradí. De cara no es tan linda, tampoco es fea, pero el cuerpo de Nora es impresionante. Más afín al cine y a la televisión que a la universidad. Digo a la universidad porque a ella le gusta enseñar, dar cátedra. Es como si alguien que nació con oído perfecto se dedicara a la escultura, como si Albert Einstein hubiera tratado de ser jugador de básquet. Quizá sea eso lo que siempre me atrajo de ella, no haberse dejando tentar, haber renunciado desde el inicio a algo que no quería solo porque se le daba bien.

Morocha, cabellera abundante, generosa en las formas, cintura mínima, músculos firmes y unos veinte centímetros más alta que yo. La ventaja de esto último es que jamás, pero jamás, me van a acusar de violencia de género. Nunca le levantaría la mano a una mujer pero, si enajenado y bajo la influencia de algún tóxico se me ocurriera, es claro que Nora me noquea con una mano atada a la espalda.

Nora suele ser una mujer agradable, aunque, a veces, cuando estamos solos, se pone intensa y el año

pasado se empeñó en que leyera a Max Weber. Me dijo que así mejoraría nuestro diálogo y la entendería no solo en lo personal sino también en lo laboral, en lo que a ella tanto la apasionaba: la sociología. Si leía a Max Weber, el padre de la teoría moderna, no tendría que explicarme cada cosa que me cuenta como si fuera uno de sus alumnos.

Max Weber escribió unos veinte libros y la verdad era que yo no tenía la más mínima gana de leerlo. ¿Para qué iba a leer a alguien que falleció hace más de cien años? Estoy tapado de trabajo y además me gusta mantenerme actualizado en lo mío, y eso significa una rutina de estudio diario. Una hora de lunes a viernes como mínimo, para alguien en plena actividad, es muchísimo. Por eso, cuando vuelvo a mi casa lo único que quiero es cenar y ver la tv. No tengo ninguna intención de meterme con Max Weber y mucho menos para que mejore mi relación de pareja.

—No lo voy a leer —le dije a Nora después de dar algunas vueltas y prometerme a mí mismo durante días que sería valiente e iba a enfrentar la situación.

—¿Por qué no lo vas a leer? —me preguntó.

—Estoy cansado Nora, no tengo ganas.

—¿Pero al menos lo intentaste?

—Traté, pero no funcionó —le mentí, ni siquiera había tratado.

—Me estás mintiendo.

—No te estoy mintiendo.

—Decime algo, cualquier cosa que te acuerdes del libro.

No le contesté enseguida, lo hice recién cuando sentí en todo el cuerpo esa sensación que me hace reaccionar sin medir las consecuencias.

—¿A vos te parece que me tenés que tomar examen? ¿A mí también, Nora? ¿No te alcanza con tus alumnos? ¡Torturarlos a ellos, como te gusta hacer cuando dan los finales! Seguí reprobando a las dos terceras partes de la clase, eso habla muy bien de quien sos.

Eso último había estado de más. La lastimé sin necesidad. Elegí una mala ocasión para decirle lo que opinaba sobre como reprobaba a sus alumnos. Mil veces me contó que era la profesora más difícil de la cátedra y, sin embargo, nunca le había dicho que me llamaba la atención la facilidad con la que le compliacaba la carrera a los estudiantes y mucho menos había hecho mención a que sospechaba que lo gozaba, sin darse cuenta, de manera inconsciente, pero lo gozaba. Podría haberle mencionado algo pero no lo hice, recién ahora pude y fue para cubrir una mentira.

—Mejor te vas —me dijo.

—Sí, mejor me voy —le contesté.

Y me fui.